



Hacia la guerra incruenta

José Miguel Palacios Coronel. Coronel. Infantería

La guerra ha sido siempre una actividad cruenta. Según la interpretación tradicional, la defensa de los intereses del Estado podía, en determinadas circunstancias, requerir la suspensión por un tiempo limitado de la validez de las reglas habituales del juego (algunos de los diez mandamientos, por ejemplo) y autorizar el recurso institucional a la violencia, una violencia que provocaba destrucción y muerte. Esa era, precisamente, una de las características esenciales de la guerra clásica: su carácter cruento.

En nuestro mundo contemporáneo no han desaparecido las amenazas, pero se han transformado sustancialmente. Las nuevas amenazas no suponen ya un riesgo mortal para los Estados occidentales, así que, como recuerda Carlos Frías (Frías, 2014: 8) «en el caso de la mayoría de los miembros europeos de la OTAN y/o la Unión Europea, las operaciones exteriores en curso y recientes (Irak en 1991 y 2003, BiH, Kosovo, Afganistán, Líbano, Chad, Libia, Malí...) son evidentemente «conflictos de elección»: su participación en estos conflictos siempre ha sido opcional, en todos los casos ha sido una decisión política, no una situación inevitable e impuesta y su impacto para la seguridad nacional de la mayoría de los Estados europeos implicados (cuando lo ha habido) ha sido y es limitado, indirecto y/o diferido en el tiempo». Y para que en estos conflictos opcionales exista una relación racional entre beneficio e inversión / coste, para que la guerra sea de verdad la continuación de la política por otros medios, para que se empleen unos medios racionalmente necesarios y suficientes es importante que el daño que se ocasione sea limitado.

Por este motivo, actualmente, al menos en los tiempos posmodernos de los que hablaba

Robert Cooper (Cooper, 2000: 24), es muy difícil conseguir que las opiniones públicas consideren justificado el sacrificio de vidas humanas para la consecución de objetivos políticos, al ser estos estrictamente limitados y el uso de la fuerza militar tan solo una herramienta más y una posibilidad. Así que, como han observado Javier Jordán y José Luis Calvo, «las opiniones públicas toleran muy mal las bajas propias, quizá todavía peor las bajas civiles no combatientes, e incluso exigen que las bajas del enemigo no sean excesivas» (Jordán y Calvo, 2005: 196-197), de ahí el reciente énfasis en el uso de armamento no letal (Alexander).

En 1999 la campaña de Kosovo se saldó sin muertos en la coalición atacante. Sí los hubo por parte yugoslava, tanto militares como civiles, pero parece claro que la OTAN hizo lo posible por evitarlos o, al menos, por limitar su número. En este sentido, una de las innovaciones técnicas introducidas en aquel conflicto fue el uso de las llamadas «bombas de grafito», que buscaban dañar gravemente la actividad económica, en particular, mediante el corte del suministro eléctrico pero sin ocasionar ninguna víctima directa. En los años setenta y ochenta se pensaba en las bombas de neutrones, que mataban sin destruir. En menos de 20 años se había pasado a una lógica completamente distinta: se trataba ahora de neutralizar, de desarmar, pero sin llegar a matar. Como en un combate de esgrima deportiva.

El objetivo de este artículo es examinar si esta tendencia puede acentuarse, si podemos llegar a concebir conflictos bélicos en los que no se produzca ningún derramamiento de sangre. Eventualmente, si esto nos conduciría a replantearnos el propio concepto de guerra y a discutir si las Fuerzas Armadas, unas Fuerzas Armadas

reformadas, son el instrumento idóneo o uno de ellos para combatir y vencer en este nuevo tipo de conflicto.

FORMAS NO LETALES DE HACER LA GUERRA

Algunas de estas formas no letales están ligadas a la aparición de nuevas tecnologías, mientras que otras han sido utilizadas, de una manera u otra, desde hace siglos. En algunos casos comparten la lógica de «destrucción» de muchas de las acciones de guerra tradicionales, mientras que en otros el efecto que se busca no afecta a las capacidades del eventual adversario sino, más bien, a la posibilidad de que haga uso de ellas. Sin pretender realizar un recuento exhaustivo de las formas no letales de hacer la guerra (y utilizaremos aquí la palabra *guerra* de manera provisional), a continuación se listan algunas de las más importantes.

El concepto de «ciberguerra» puede tener diferentes interpretaciones pero, a los efectos de este artículo, podemos aceptar que consiste en una confrontación entre dos partes, al menos, que utilizan como teatro de operaciones el ciberespacio. No es cruenta, al menos en principio, aunque la desorganización o inhabilitación de sistemas vitales del adversario puede incrementar

el riesgo de muerte de personas; por lo demás, muchas de las modalidades de ciberguerra participan de la lógica de destrucción que se observa también en la guerra convencional. En el fondo, en su ejecución no es muy diferente de una guerra dirigida contra la infraestructura física del adversario potencial. La mayor diferencia está en la entidad de los objetivos y de los medios utilizados. Y también, por supuesto, en la falta de víctimas; al menos, de víctimas directas.

Las sanciones económicas o diplomáticas se utilizan cada vez más como medio de presión sobre otros Estados con los que existen motivos serios de desacuerdo. Son, en principio, incruentas, si bien es cierto que como consecuencia de su uso pueden llegar a producirse víctimas civiles, en general de manera indirecta. Así, por ejemplo, parece claro que el deterioro del sistema de salud iraquí a causa de las sanciones de los años noventa provocó un aumento significativo de la mortalidad, aunque las cifras que se han llegado a barajar de varios cientos de miles de niños muertos son, probablemente, muy exageradas. También es cierto que en muchos casos, probablemente en la mayoría, el bando atacado podría reducir considerablemente el impacto sobre la población civil mediante una modificación en sus prioridades en la asignación de recursos.

Las sanciones se utilizan ampliamente en las relaciones internacionales modernas y no solo por su carácter incruento, algo importante, sino también porque son fácilmente escalables en caso de necesidad y se pueden levantar gradualmente como respuesta a concesiones concretas de la parte sancionada. En general, es necesario gozar de una superioridad económica importante para aplicar sanciones aunque, en ocasiones, la parte más débil es capaz de identificar un sector o una zona vulnerable del adversario cuya exposición a sanciones puede perjudicar la cohesión interna del otro bando. A pesar de que en su forma actual el uso de sanciones es relativamente moderno, en el fondo no se trata más que de un caso particular de guerra económica, de la que hay ejemplos abundantes en la historia militar.

La guerra informativa tiene como objetivo obtener la supremacía informativa sobre la parte adversaria, bien en todo el mundo, bien en una parte importante de él en el ámbito regional,



Actualmente es muy difícil que la opinión pública considere justificado el sacrificio de vidas humanas para la consecución de objetivos políticos



La guerra informativa tiene como objetivo obtener la supremacía informativa sobre el adversario para dañar su reputación e imponer nuestra propia narrativa

nacional o supranacional. Tiene por objeto dañar la reputación de la otra parte e imponer una narrativa propia que haga que cualquier suceso se interprete de forma favorable a nuestros intereses. A menudo se traduce en la demonización del adversario, al que se atribuyen sistemáticamente todo tipo de prácticas inaceptables e intenciones viciadas. El «imperio del mal» (Reagan sobre la URSS, 1983), el «eje del mal» (George W. Bush sobre Irán, Irak y Corea del Norte, 2002) o el «gran Satán» (Jomeini sobre los Estados Unidos, 1979) son tres ejemplos relativamente recientes de demonización del adversario.

En la práctica, la supremacía informativa funciona como la supremacía aérea, lo que facilita enormemente las operaciones propias y dificulta las del adversario. La obtención de la supremacía informativa en el ámbito global o regional favorece la formación de alianzas y disminuye el precio que los eventuales aliados pueden demandar por su colaboración. Además, si se consigue alcanzar la supremacía informativa dentro del territorio del adversario, la estabilidad del régimen político o la propia cohesión interna del país pueden estar en peligro. Por este motivo, la

reacción habitual ante una ofensiva informativa consiste en una operación informativa de menor alcance que tiende a consolidar la supremacía informativa propia dentro, al menos, del territorio nacional y, a ser posible, en el espacio de interés que lo rodea.

Una forma primitiva de guerra informativa es la propaganda que, de una manera u otra, ha sido empleada durante siglos al servicio de la guerra clásica. Las operaciones informativas contemporáneas son, en cualquier caso, mucho más complejas y sofisticadas y no pueden reducirse a meras acciones de propaganda.

Podemos, por último, hacer referencia a la guerra jurídica (*lawfare*), que ha sido definida como el uso de instrumentos legales «en sustitución de los medios militares tradicionales para alcanzar un objetivo operacional» (Dunlap, 2010: 122). Aunque su consideración como forma de guerra es relativamente reciente (según Charles Dunlap, data de 2001), las acciones que ampara no lo son tanto. Podemos recordar, por ejemplo, el uso por parte de los países occidentales durante los años setenta y ochenta de las obligaciones asumidas por todos los Estados en el Acta Final de Helsinki para resquebrajar la posición interna de los regímenes socialistas de Europa Oriental. Fue muy eficaz en países como Checoslovaquia y Polonia y tuvo un éxito limitado en la mayor parte de la URSS. Más recientemente, la actuación del Tribunal Penal Internacional para la antigua Yugoslavia contribuyó de manera importante a aislar internacionalmente a los dirigentes serbios y a convencerlos de que debían plegarse a las exigencias occidentales.

A VUELTAS CON LA DEFINICIÓN DE GUERRA

Todo el mundo está de acuerdo en que en el mundo real se utilizan técnicas como las expuestas y se utilizan porque son eficaces. La cuestión es qué relación tienen con la guerra y, eventualmente, qué papel pueden tener las Fuerzas Armadas en su puesta en práctica. Para algunos, entre los que se encontrarían bastantes diplomáticos occidentales, no son «guerra», sino formas más suaves de ejercer presión sobre un adversario político, posibilidades que, bien utilizadas, permiten evitar el recurso último a la fuerza militar y que, en cualquier caso, ofrecen

alternativas para poder controlar la escalada en el nivel justo que se desee. Para otros se trataría de acciones preparatorias o complementarias de la guerra real, acciones que servirían para debilitar la posición del enemigo antes del comienzo de las operaciones o durante el curso de ellas. Para un grupo de expertos, más numeroso en Europa que en Estados Unidos, se trataría de auténticas guerras, «guerras de nueva generación», guerras incruentas en las que los objetivos políticos se alcanzarían sin derramamiento de sangre.


«Sobre el carácter y esencia de la guerra de nueva generación» se titulaba, precisamente, un artículo publicado en 2013 por dos militares rusos, el coronel Chekinov y el general Bogdanov, en la revista *Voiennaia Mysl*, un artículo que ha sido ampliamente citado desde entonces en publicaciones profesionales de todo el mundo. A pesar del título, el artículo era bastante conservador y parecía tomar como modelo de «guerra de nueva generación» la guerra del Golfo de 1991. Un conflicto que, entienden sus autores, no sería sino una manifestación moderna de la guerra tradicional, una guerra que, de acuerdo con la tradición soviética, consistiría en «la continuación de la política por medios violentos». En este marco, el uso de los medios no militares

no conduciría, según Chekinov y Bogdanov, a un nuevo tipo de guerra, sino que ayudaría a hacer la guerra (si es que se llegaba a ella) en condiciones más favorables. A pesar de la diferente tradición de pensamiento militar, la mayor parte de los ejércitos occidentales parecen estar en esta línea y recientes desarrollos doctrinales (por ejemplo, la Doctrina Conjunta británica de 2011) describen el uso de métodos no letales, como los expuestos, en el marco de una guerra en que la acción violenta sigue siendo la *ultima ratio regis*.

Claro que esta es solo una forma de ver las cosas. Porque, ¿para qué recurrir a procedimientos cruentos si los objetivos políticos pueden alcanzarse por otros medios que, aunque son diferentes de la política clásica, no ocasionan necesariamente destrucción y muertes? ¿No estaríamos entonces ante una guerra, continuación de la política por otros medios? ¿Una auténtica guerra de nueva generación, una guerra incruenta?

CÓMO AFECTA A LAS FUERZAS ARMADAS


En el mundo contemporáneo, caracterizado por la indefinición y por la rápida evolución de las posibles amenazas, la flexibilidad se ha convertido en un criterio organizativo de primer



¿Proteges tu presencia en internet?

No vincules la geolocalización a las fotos que publicas en tus redes sociales

Si estás conectado estás en riesgo



GOBIERNO DE ESPAÑA MINISTERIO DE DEFENSA

orden. El mismo concepto de amenaza ha sido casi desplazado por el previo a su manifestación y más genérico de «riesgo» y se espera de las Fuerzas Armadas que sean capaces de reaccionar ante cualquier amenaza, ante cualquier riesgo, aunque no se conozca con antelación ni su entidad ni sus características. No es de extrañar, por tanto, que en Estados Unidos se haya llegado a hablar de las Fuerzas Armadas como de una especie de Walmart, un gran almacén en el que el gobierno puede encontrar cualquier cosa de la que pueda tener necesidad (foreignpolicy.com, 09.08.2016).

En este sentido, el primer dilema organizativo para las Fuerzas Armadas es si están interesadas en desarrollar capacidades para librar guerras incruentas, o si prefieren limitar el alcance de sus medios y renunciar a algunas posibles modalidades de acción. No es una decisión fácil. La primera opción entraña cierto riesgo de desnaturalización de las instituciones militares, de pérdida de muchos de los conceptos y formas



El dilema actual de las Fuerzas Armadas es qué tipo de capacidades o acciones están dispuestas a asumir, limitando o renunciando a algunas posibilidades de acción

de acción que las han caracterizado durante siglos. Pero si se opta por la segunda existe un peligro real de caer en la irrelevancia, de especializarse en un tipo de acciones que en los conflictos futuros pueden utilizarse poco.

No parece que en ningún país las Fuerzas Armadas busquen asumir competencias en terrenos como la política de sanciones o la guerra jurídica. Por el contrario, hay un deseo real de desarrollar capacidades para combatir en una ciberguerra o por realizar acciones de guerra informativa, ofensivas o defensivas, como están haciendo realmente. Así, por ejemplo, en los Estados Unidos se creó un Mando Cibernético (USCYBERCOM) en 2009 y Rusia acaba de anunciar en febrero de 2017 la formación de las Tropas Informáticas dentro de sus Fuerzas Armadas. En la misma línea, en España existe desde 2013 un Mando Conjunto de Ciberdefensa.

Estas medidas organizativas son consistentes con la «mentalidad Walmart» de la que hemos hablado: si el Estado cree que necesita este tipo de medios, las Fuerzas Armadas, institución bien organizada y fácilmente adaptable, procura ofrecerlos. Aunque no esté claro si valores tradicionales de las organizaciones militares, como la jerarquía o la disciplina, son necesarios o incluso útiles a la hora de hacer frente a estos nuevos retos. Porque quizás una respuesta más efectiva a las ciberamenazas podría desarrollarse creando una organización totalmente independiente, de carácter civil, estructurada en forma de red y en la que la creatividad, más que la disciplina, fuera el talento más buscado. Algo parecido podría decirse de unidades dedicadas a la guerra informativa. La cooperación civil y militar parece esencial en la respuesta a estos retos.

CONCLUSIÓN

El concepto de guerra es cada vez más confuso. Por una parte, hay resistencia a reconocer como guerras acciones caracterizadas por un uso muy amplio y variado de la fuerza militar; el caso paradigmático es el de la acción de la OTAN contra Yugoslavia en 1999, llamada eufemísticamente «campana». Por otra parte, la popularización del concepto de «guerra híbrida» y su aplicación a las acciones rusas ha permitido calificar de «guerra» acciones no

militares o con un componente militar limitado, lo que ha llevado a que políticos europeos proclamen que «estamos en guerra con la Federación rusa (...) y la desinformación es parte de esta guerra (...). Es una guerra que la Federación rusa nos ha declarado con la finalidad de destruir la Unión Europea...» (Jaromír Štětina, diputado checo en el Parlamento Europeo, (31 de enero de 2017).

En este escenario de indefinición, las Fuerzas Armadas están intentando ofrecer respuestas también en el terreno de las formas no tradicionales de hacer la guerra. Al menos, en algunas de ellas. Pero no van a estar solas. El que las Fuerzas Armadas adquieran capacidades de ciberguerra o de guerra informativa no implica que los Estados o entidades supranacionales, como la Unión Europea, renuncien a desarrollar capacidades civiles similares, con principios de reclutamiento, gestión interna y empleo claramente diferenciados de los militares. El CERT-EU, el centro creado por las instituciones europeas para responder a los incidentes cibernéticos, es de carácter civil y sus miembros son técnicos con experiencia en técnicas de seguridad informática. El *East Strat Com*, la unidad organizada por el Servicio Europeo de Acción Exterior para contrarrestar las acciones informativas rusas, mediante «comunicaciones estratégicas», es también civil.

No parece fácil que el futuro nos traiga algo más de claridad en este aspecto. Según la propia lógica del mundo posmoderno, nuestra época está caracterizada por la difuminación de muchas de las fronteras y barreras existentes con anterioridad, entre ellas la frontera entre guerra y paz, crisis y conflicto, seguridad exterior e interior, entre lo militar y civil. Aquel que sea capaz de adaptarse con mayor rapidez y eficacia a unas reglas del juego en continua evolución tendrá una importante ventaja comparativa que le permitirá prevalecer.

Sin olvidar que quizás el medio incruento de presión más utilizado a lo largo de la historia ha sido la amenaza, explícita o implícita, del uso de la fuerza, una amenaza que está basada en la posesión de una fuerza militar creíble, capaz de materializarla y en la voluntad de emplearla. Y aquí sí que estamos en el terreno que tradicionalmente ha sido propio de las Fuerzas Armadas.

BIBLIOGRAFÍA

- Alexander, J.B.: *Future war: Non-lethal weapons in twenty-first-century warfare*. Macmillan; 2000.
- Chekinov, S.G., Bogdanov, S.A.: О характере и содержании войны нового поколения (Sobre el carácter y esencia de la guerra de nueva generación). *Voiennaia Mysl*. 4: 13-24; 2013.
- Cooper, R.: *The post-modern state and the world order*. Demos; 2000.
- Dunlap, C.J. Jr.: *Does Lawfare need an Apologia? Case Western Reserve Journal of International Law*. 43, 1/2: 121-143; 2010.
- Frías Sánchez, C.J.: ¿Ejércitos «opcionales»? *Conflictos y ejércitos occidentales en el siglo XXI*. Instituto Español de Estudios Estratégicos, Documento Opinión 152/2014, 31 Diciembre 2014.
- Jordán, J. y Calvo Albero, J.L.: *El nuevo rostro de la guerra*. Eunsa, Pamplona; 2005.
- Kaldor, M.: *New and old wars*. 3ª ed. (Kindle). Polity Press, Cambridge; 2012. ■



Las Fuerzas Armadas están intentando ofrecer respuestas en el terreno de las formas no tradicionales de hacer la guerra